

De no. Antología
del escritor cubano
F. IBARRAZA

CARLOS MONTENEGRO

1900 - 1986

SU primer libro, *El Renuevo y otros cuentos*, fué publicado en 1929 por un grupo de escritores que editaban la revista *de avance 1929*. El autor estaba en la cárcel donde debía cumplir catorce años y ocho meses por homicidio en reyerta, hecho sucedido al cumplir Montenegro 19 años. Antes fué grumete en un barco costero. Después obrero en las minas norteamericanas de Port Henry, junto a la frontera canadiense. España, Estados Unidos, México, ha vivido bajo muchas latitudes. Libertado después de una campaña librada por escritores extranjeros y cubanos, ha continuado en La Habana. Es un escritor de izquierda que labora intensamente. Ha publicado, en 1934, otro libro de cuentos: *Dos Barcos*, que dió a la estampa «Ediciones Sábado», de La Habana. Cuentos de a bordo, del mar, de las minas, del presidio, su obra es recia y llena de un espíritu de justicia hacia los oprimidos. Colabora en las principales revistas y diarios. C. M. es uno de los más justamente solicitados cuentistas de la prensa cubana, al que, como a otros, se paga liberalmente sus trabajos de este género.

LA BRUJA

ANA MARÍA MIRANDA DE
AZA. I

EL mastín dió un último salto y hundió las poderosas patas delanteras en la arena húmeda, sentándose y mirando a su ama con ojos serenos, en el fondo de los cuales se precisaba la característica fidelidad de los de su especie.

Estaban en la orilla del mar, entre falúas y traíneras varadas, que parecían querer descansar de fa-

tigas recientes, mientras sostenían, de regala a regala, grandes redes orladas de rodajas de corcho. Desde uno de los últimos pesqueros, dos mujeres que habían dejado en sus regazos la red que cosían, observaron con ojos de curiosidad al ama del perro y después se hablaron:

—¿Será bruja o diablo?

—¡Sola vaya! Si nos ve nos hará mal de ojo.

—Nunca sale de la casa.

—Hoy es milagro: va a pasar algo en el pueblo.

—Ni a misa va. Está como enclaustrada... ¡Sola vaya!

—En tu pellejo, Rafaela, me encomendaría al Santísimo.

—A él me encomiendo. Ahí viene, escondámonos.

—Escondámonos. ¡Dios nos libre de entuertos!

Las dos aldeanas se persignaron con un ademán fugaz adhiriéndose al casco de la embarcación, desplazando a los pólipos ramosos que lo cubrían. A poco sintieron los pasos amortiguados de la que llegaba, que, sin verlas, se detuvo apoyándose en el pesquero. La recién llegada cortó con una breve frase el gruñido que el mastín había iniciado y se quedó contemplando el mar, con cuyo color se confundía el color de sus ojos, apacibles y nostálgicos. El mastín gruñó de nuevo olfateando la marisma.

—Cállate, "León" ¿También tú estas como él?

El perro movió la cola, pero siguió gruñendo mientras escarbaba en la arena violentamente. La dueña lo llamó acariciándolo y dijo con la mirada fija en el animal:

—Hoy estás como él...

Sus ojos volvieron a perderse en la inmensidad azul del mar y añadió:

—No sales... No vas ni a misa... Estás como

enclaustrada... El día que salgas va a suceder algo en el pueblo.

Las dos mujeres que se escondían bajo la amura del pesquero se estremecieron, una fuga de signos de la cruz se les heló en los dedos y sus labios se agitaron en un espanto de oraciones frustradas.

El perro, que, habiendo rodeado la embarcación al fin las había descubierto, ladraba ahora rabiosamente, mientras destrozaba con sus patas la red que ellas habían estado cosiendo y que no se atrevían a defender. El ama del perro continuó contemplando el mar, ajena a lo que ocurría a su alrededor, como absorta en sus pensamientos...

II

María Eugenia nunca antes había visto las cosas que ahora veía y que le eran tan extrañas. Al principio no lo precisó bien. Pensó que aquella era la tierra de su esposo y que llegaría a amarla de la misma forma que encontró en su compañero sentimientos amables; por ejemplo, la ternura de sus ojos cuando la miraban en la intimidad aunque habitualmente eran tan duros. Pronto se convenció de lo contrario. Para su esposo ella había sido elegida; todo lo hizo para conquistarla: le rindió dócilmente la fuerza que poseía y que era tan difícil de embriagar; ella, a su vez, era tan asustadiza, tan poca cosa, que se dió sumisa a aquel amor violento que sabía utilizar tan bien el contraste de la frase rendida y el sentimiento autoritario. Pero, en la tierra de él era una intrusa. Era la extranjera. Lo comprendió al fin llorando silenciosamente, perdida en las inmensas habitaciones de aquella casa en la que su amor no había modificado nada, impotente ante la tradición, a cuyo respeto obligaban las miradas serenas y frías de los antepasados de su esposo que to-

davía mandaban desde los lienzos que adornaban las paredes; por cuyos ventanales penetraba un sol sin calor, los aires quejumbrosos del mar y se veían los pinares, más lejanos que las visiones del trópico que guardaba su memoria. Los hijos de María Eugenia se encontraron después con el recuerdo de aquella mujer joven que contemplaba el paisaje con los ojos humedecidos de llanto; se encontraron después muchas veces con ese recuerdo, pero nunca lo precisaron entonces, cuando ella les peinaba aún los largos cabellos infantiles y los quería retener a su lado para hablarles de cosas incomprensibles... ¡Era tan quieta, tan callada y tan pensativa!... Ellos estaban llenos de inquietudes. El mar, que olía fuertemente a mariscos, estaba tan cerca que solamente hacia falta atravesar el arenal para llegar hasta sus orillas y escuchar en los caracoles tirados en la playa las marejadas de todos los mares. Saliendo temprano se podía ir hasta los pinares y perderse en ellos a coger pájaros con el *garamillo*... María Eugenia sentía que sus hijos no eran de ella, que su propio esposo se le había ido de entre las manos. Hasta supo que todavía atendía a una aldeana con la cual en sus mocedades tuvo un hijo, "el hijo de la Rafaela", que ya era un hombre. Pero, como era tan asustadiza, tan poca cosa, se sometía a todo sin hostilidades; se hacía más quieta, más callada y más pensativa, mientras buscaba en los ojos de su esposo, mucho más viejo que ella, aquella ternura que antaño la adormecía y que ahora sólo era para los hijos. Únicamente se sentía dueña de "León", aquel perro corpulento y fiero, que ni sabía cómo había llegado a la casa y se le había pegado a ella, acaso por estar los dos como olvidados, como abandonados; y, acaso por eso también, el perro sólo tenía para todos, menos para su ama, gruñidos de agresión.

Aquella mañana se había encontrado de improviso

con los ojos de su esposo fijos en los de ella. Hacía tiempo que no se miraban de esa forma, sin reservarse lo interior y ella se sintió emocionada, buscando en su memoria otras miradas semejantes. Lo mismo le ocurrió el día que se tropezaron con "el hijo de la Rafaela"; venía éste de frente, con la actitud agresiva, y de pronto la había mirado a ella con una claridad en los ojos tan emocionante que jamás la pudo olvidar por completo. Ahora no sabía si era su esposo el que la miraba, su esposo de antaño, o el hijo de él y de la Rafaela, el bastardo. Pero, fué un momento nada más; el esposo reaccionó como cogido en falta y dijo:

—¿Qué te sucede?... Nunca sales, no vas ni a misa. Pareces una enclaustrada... El día que salgas va a suceder algo en el pueblo.

Ella se sonrió débilmente aunque comprendió que la entrega había sido demasiado fugaz y repuso:

—Si eso te complace, saldré hoy.

Y añadió mentalmente: "¡Si quisieras acompañarme!"

Y había salido sola, seguida del perro. Afuera, como adentro de la casa, eran los olvidados, los abandonados... Pero. ¿a dónde ir?... No sabía cómo arriesgarse más allá de la vista de la casa, a pesar de que su alma apacible no le permitía advertir la repulsa de los demás y menos adivinar, por su ingenuidad, el género de sentimientos que inspiraba a aquellas gentes inmediatas, hundidas en los prejuicios aldeanos.

III

El bastardo se adentró en la arena, imprimiendo en ella, profundamente, las huellas de sus zapatones claveteados. No era que fuese para la playa, sino

al pueblo a mercar estopa y brea con que calafatear el casco de "La Juana" que hacía más agua que un colador; era que no quería pasar bajo las ventanas de la casa del señor, como le llamaba su madre, y al que tal vez le pidiera cuentas algún día, no de ser su padre que esas eran difíciles de saldar, sino de aquel saco de harina que como padre mandaba todos los años, por Pascuas, y que él todos los años tiraba al fondo del barranco que había detrás de su casa.

—Pero, ¿por qué lo haces?—gemía la Rafaela con hambre de pan blanco.

—¿Acaso te le vendiste? ¿No te doy yo de comer?

—Entonces, devuélveselo.

—Eso sería pedir más y de él nada quiero.

Pero un día se tropezó con su padre que venía acompañado de "la otra", y, aunque ya había luchado como un hombre contra el mar y tenía mucha ira acumulada, no supo explicarse lo que le pasó. Sólo recordaba que todo él se había aplacado cuando sus ojos y los de aquella extraña se encontraron. Desde entonces no volvió a pasar cerca de la casa, ni en la suya quiso que se hablase para mal de la extranjera. É incluso la madre pudo por Pascuas hornear hogazas de pan blanco.

El bastardo ya había dejado en la arena una larga hilera de huellas cuando vió al perro rompiendo sus redes y gritó corriendo hacia él, enarbolando la maza de calafate.

—¡Ah, maldito!

Vió entonces a su madre que le abría los brazos pidiéndole auxilio y le tiró la maza al mastín que ya se había vuelto para hacerle frente al enemigo y contra el cual se lanzó con furia.

En aquel instante María Eugenia, arrancada de su ensimismamiento, salió de detrás de la embarca-

ción que la ocultaba y gritó ansiosamente, llamando al perro.

Esto no detuvo su impulso, pero el bastardo, preparado para la defensa, al sentir aquella voz, sufrió una momentánea vacilación que le fué fatal; el mastín, tirándolo al suelo, se aferró a su garganta y lo sacudió rabiosamente. Las mujeres se quedaron paralizadas por el terror. Cuando al fin pudieron gritar, ya el bruto había soltado a su presa, que yacía inmóvil sobre la arena, para irse a refugiarse bajo el casco del pesquero. María Eugenia corrió hacia el caído y arrodillándose a su lado, le alzó la cabeza buscándole temblorosamente la vida en los ojos.

Detrás de ella la Rafaela y su acompañante, tocadas aún por el espanto de lo sobrenatural, observaban la escena con ojos desfavoridos.

Las miradas del herido y María Eugenia se encontraron y ésta dijo emocionadamente:

—¿Sufres mucho?

El bastardo sin separar sus ojos de los de ella movió la cabeza negativamente; quiso hablar, pero los labios se le llenaron de sangre entorpeciéndole una sonrisa dolorosa. Al fin dijo con voz débil:

—Me siento feliz.

—Eres él mismo—repuso María Eugenia rehuendo los ojos del bastardo,—él, tú, no sé...

Sintió cómo el herido haciendo un esfuerzo le cogía una mano para llevársela a los labios ensangrentados. Antes de poder su cabeza le cayó desvanecida en el regazo.

Detrás de ella gritó espantosamente la Rafaela llenando la playa de inquietudes:

—¡La bruja! ¡la bruja! ¡Llévose la bruja! ¡Mi hijo!

—La bruja...—musitó persignándose la otra aldeana.

IV

Nunca más se volvió a ver a María Eugenia. Pero, aun hoy, después de muchos años, los aldeanos se horrorizan sabiendo que algún día la verán salir de la casa abandonada.